



Ken Maynard

Bordeando
el peligro



La Novela Metro-Goldwyn

Publicación semanal de argumentos
de películas de

Núm.	METRO-GOLDWYN-MAYER	25
39	:: y FIRST NATIONAL ::	Cénts.

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 4423 A - Barcelona

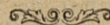
THE OVERLAND STAGE 1927

Bordeando el peligro

Novela de aventuras

interpretada por

KEN MAYNARD y KATHLEEN COLLINS



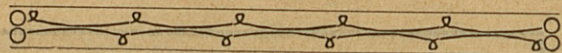
PRODUCCIÓN

METRO-GOLDWYN-MAYER

DISTRIBUIDA POR

Metro-Goldwyn Corporation

MALLORCA, 220 — BARCELONA



Bordeando el peligro

Argumento de la película

Mientras la semilla de la civilización se iba extendiendo lentamente hacia el Oeste, ciertos hombres esforzados resolvieron unir el Oeste con el Este, de los Estados de la Unión, por medio de una línea de diligencia.

El punto terminal de la línea estaba situado al borde de tierras infestadas de salvajes, pieles rojas y de blancos cuya única ley era su voluntad.

Los habitantes del pueblo de Deadwood, que vivían incomunicados en aquel páramo, esperaban con los brazos abiertos la llegada de la primera diligencia.

Juan Butterfield, de la Compañía General de Diligencias, recibió un día esta carta de Wáshington:

"Muy Sr mío: Su proyecto de transformación de una línea de diligencias, a través del continente, merece los mayores elogios. Si usted logra llevarlo a cabo, a pesar de los numerosos obstáculos que se presentan en el territorio de Dakotam, nuestro país quedará unido por una cadena viviente de ciudadanos, que no podrá romperse jamás.

Soy de usted atento, servidor y amigo,

Ulises S. Grant

Presidente de los Estados Unidos."

Iba a comenzar el primer viaje y Butterfield se mostraba entusiasmado.

—Todo depende de este viaje de prueba. Si es un éxito, los propietarios establecerán una línea permanente — dijo.

—Butterfield, si usted consigue su objeto, llevará la civilización a una de las comarcas más salvajes de la Unión — le respondió uno de sus colaboradores.

Era Deadwood, una especie de pueblo esclavo que iba agonizando, lentamente, bajo las garras de Pablo Lespard, su implacable opresor.

Sus habitantes comentaban favorablemente el intento del viaje de la diligencia, que, al ponerles en comunicación con otras tierras, les arrancaría del yugo ominoso del cacique. Mas, al propio tiempo, no sa-

bían cómo librarse del implacable poder de Lespard.

—Gregg — preguntó uno de ellos al dueño de la taberna de Deadwood — ¿no habrá remedio de librar a esta comunidad de Lespard y su cuadrilla de bandidos?

—Ya sabéis la influencia que Lespard tiene con los indios. Si nos oponemos a sus planes, nos echará a los pieles rojas encima.

—¡Ah, si tuviera éxito la línea de diligencias, la ley y el orden entrarían en este territorio sin ningún esfuerzo!

—¡No llegará nunca hasta aquí! ¡Ese bandido de Lespard no lo permitirá nunca!

Abrióse la puerta de la taberna y apareció Lespard.

—¡Me alegro de saber el cariño que me tenéis, hato de cerdos! — gritó — ¿De modo que soy un bandido?

—Sí — rugió Gregg, el tabernero — Nos has tenido siempre atemorizados... has impedido que se establecieran nuevos colonos... nos has echado encima a los indios... Lo dicho, Pablo Lespard, ¡eres un bandido!

Lespard se echó a reír y contestó sinies-tramente:

—¡Y pensar que tu hermano se halla en camino para Deadwood sin saber el riesgo que corre!... En fin, por esta vez te perdono la vida y ya oirás hablar de mí.

Y alejóse de ellos con la mirada dominadora y violenta.

Mientras tanto, el tren de carretas, de la familia Gregg, iba camino del Oeste, ignorando completamente los peligros que le rodeaban.



—Me alegro de saber el cariño que me tienes...

Cerca de allí, varios bandidos vigilaban, dispuestos a atacar los carros.

—Lespard dijo que quemáramos las carretas para que parezca que lo han hecho

lós indios — explicó uno de los miserables a sus compañeros.

Estas palabras fueron oídas por Jack Jessup, que vigilaba el camino y que, al oír las, adelantó veloz hacia las carretas.

Era Jack Jessup agente explorador de la Compañía de Diligencias, y trabajaba silenciosamente, desafiando todo peligro, y preparando el futuro camino de las diligencias.

Iba acompañado de Caney, un malhechor arrepentido, que había tenido una carrera llena de sobresaltos y de espeluznantes coqueteos con los representantes de la ley.

Dirigióse al encuentro de las carretas, a fin de advertir a sus ocupantes que abandonasen el camino, pues iban a toparse con los secuaces de Lespard.

Iba en uno de los carros Juan Gregg, en busca de países nuevos y de medios para recuperar su fortuna. Detrás, a pie, fatigadas del traqueteo de los carros, iban Bárbara, su única hija, y su tía Berta que soñaba en las grandes aventuras del Oeste, tierra de valientes y de hombres... en abundancia.

Berta entretenía la monotonía del camino leyendo libros de románticos versos. Como la jornada era interminable, tía Berta y Bárbara gustaban de hacer el camino a pie.

De pronto se vieron sorprendidas por la presencia de Jack y de Caney.

Con una adorable sonrisa, Jack se dirigió a ellas y les dijo:

—Están ustedes en peligro, señoras... ¡Suban inmediatamente al carruaje!... No pueden continuar por el camino principal.

Gregg y su hija quedaron contemplando asombrados a aquel hombre, pero tía Berta, solterona romántica, miró conmovida a Caney. ¡Qué aspecto de bandido novelesco!

Gregg rogó a su hija entrase en el carruaje, pero como Bárbara se negase a hacerlo, el mismo Jack la cogió tranquilamente y la puso en el interior. La joven gritó indignada:

—¡Bruto... salvaje!... ¡Si no me suelta usted... lo... lo mato!

Berta se metió en el coche después de dar a Caney unas miradas capaces de enternecer a una piedra.

Jack sonreía ante la indignación de la joven.

—Caney — le dijo a su secretario — guía a esta gente hacia el pueblo apartándola del camino principal y cuida mucho a las señoras...

Y con gesto picaresco señaló a Berta cuya fealdad no le había pasado inadvertida.

—¡Jack, por los clavos de Cristo! — protestó Caney—. ¡He sido cuatrero, jugador con ventaja y mil otras cosas... pero no he

hecho nada tan malo que merezca el castigo de caer en las fauces de ese tiburón con faldas!

—Anda, no te asustes, que ya sabes nadar...

Y partiendo a todo galope, dejó a Caney que vigilase y guiase la diligencia, mientras él atraía la atención de los otros bandidos que esperaban lejos el paso del carruaje y los atacaba de improviso obligándoles a dejar las armas.

Conocía bien los proyectos de Lespard y dispuesto estaba a que fracasasen en absoluto.

**

Hacia el Oeste a través del páramo solitario, vadeando ríos, atravesando selvas y remontando empinadas colinas, volaba una diligencia, mandada por el propio Butterfield, con dirección a Deadwood, en su primera prueba.

En los alrededores del pueblo tenía su guarida Pablo Lespard, donde el terrible bandido ejercía su provechoso negocio de intercambio con los indios.

—Muchachos, no podemos dejar que la diligencia llegue a este pueblo — decía—. ¡Cientos de colonos vendrían a la zaga y entonces, adiós negocios con los indios!

Mientras tanto habían llegado al pueblo de Deadwood las carretas de Gregg, vigiladas sin novedad por Caney.

Tía Berta estaba emocionada ante la presencia de aquel imprevisto guardián.

—¡Oh, magnífico salvaje! — le dijo al llegar a la taberna—. ¡Tus poderosos brazos han vencido mi tenaz resistencia!

Y le abrazó cariñosamente mientras Caney procuraba librarse de aquella caricia.

No tardó en aparecer Jack, quien entró en la taberna excusándose ante Bárbara y masiada brusquedad para protegerles. Pero que vigilase y guiase la diligencia, mientras su carácter que no entendía de cortesías. Lo importante era que había hecho fracasar el ataque que preparaban los bandidos contra la carreta.

Caney se dirigió hacia él, enfurecido.

—¡Tú siempre llevas las de ganar! — le dijo, indignado—. Me abandonas en el desierto para que cuide a ese esperpento de tía, y tú te vienes solo para acicalarte y poder enamorar a la sobrina.

Pero tía Berta no dejaba ni a sol ni a sombra al bandido Caney en quien veía retratado todo el salvajismo y energía de los hombres del Oeste.

—¡Oh, Caney mío! — le dijo con cierta emoción—. ¿Por qué te apartas de mi lado?

—Pero, ¿así estamos? — dijo Jack, sonriente—. ¿Es acaso tu futura?

—Es más bien mi presente, señor...

—Pues mis felicitaciones, viejo Tenorio.

Caney lanzó un gruñido feroz... ¡Qué deseos tenía de librarse de aquella doña Berta importuna!

La animación en la taberna era extraordinaria. Se comentaba que hubiesen llegado sanos y salvos los Gregg.

Entró Pablo Lespard, quien enterado del fracaso de su plan, pues Jack había atado y desarmado a sus bandidos en el bosque, no podía reprimir su violento odio contra ese forastero audaz.

Acercóse a él y le dijo en ademán furioso:

—¡Oiga, joven!... Yo no sé quién es usted ni qué busca por esta población, pero me han dicho que ha echado pestes contra mí... Y yo tengo malas intenciones contra los que se declaran mis enemigos, ¿estamos?

Jack, que le conocía de sobra, no esperó nuevas provocaciones: le dió un formidable puñetazo, derribándole en tierra y luego de zarandearlo brutalmente, le gritó:

—¡Que esto le sirva de lección!

Lespard levantóse furioso, tambaleándose y gritó:

—¿Pero se puede saber quién diablos es usted... y qué viene a hacer aquí?

—¡Muy fácil! Soy Jack Jessup, de la Compañía General de Diligencias... para servir a usted.

Un sordo gruñido estremeció a todos.

—A esa diligencia le tengo yo preparada una magnífica recepción — gritó Lespard.

—Y yo contestaré de la manera más callurosa — contestó Jack.

Lanzando maldiciones apartóse Lespard de allí y los Gregg felicitaron a Jack por su intervención.

Bárbara, que primeramente había sentido por el mozo gran antipatía, ahora le contemplaba con interés y dulce emoción... ¡Y no digamos de tía Berta, que se sentía derretida de amor por Caney!

El tabernero señor Gregg estrechó la mano de Jack y le dijo:

—Estamos sumamente contentos de tener entre nosotros a un representante de la Compañía...

—Y yo estoy encantado de estar aquí — dijo Jack, sonriendo cariñosamente a Bárbara—. Vine para evitar que algunos bandidos pudieran hacer nada contra la diligencia y cumpliré lo que me propuse.

Aquella misma tarde, Pablo Lespard se dirigió a la montaña al último baluarte de

Nube Roja, poderoso jefe de la tribu de los Sioux.

Lespard saludó a los indios y les habló:

—Oid la voz del amigo que os trae las armas del hombre blanco con las cuales podéis cazar... y que da a sus hermanos rojos el agua de la alegría que les hace reír y bailar alrededor de sus hogueras. Del lejano Este viene el nuevo enemigo, la diligencia, que en desenfrenada carrera aplastará al hombre rojo bajo sus ruedas. ¡Escuchadme, indios! En pos de ella seguirá una invasión de colonos blancos que os arrojarán de vuestras tierras de caza. ¡Defended vuestro suelo y ayudadme a impedir que llegue la diligencia!

Nube Roja contestó dirigiéndose a sus guerreros:

—El jefe blanco dice la verdad. Debemos ayudarle.

Peró Búfalo Blanco era el único jefe de la tribu que desconfiaba de las palabras de Pablo Lespard. En vano hizo algunas objeciones contra él, pues el resto de los indios mostró un espíritu bélico y exaltado. Sí, era preciso atacar la diligencia.

Y estuvieron conversando largo rato, concertando el plan para impedir la llegada del primer convoy.

*
**

Unas horas después los colonos de la Cordillera Negra acudían en tropel al poblado de Deadwood, preparándose a recibir alegremente a los intrépidos viajeros.

—¡Dios quiera que la diligencia consiga llegar hasta aquí! —decían.

—¡Tiene que llegar! Si Butterfield fracasa, no habrá quien vuelva a intentar la prueba.

La diligencia estaba ya a pocas millas de distancia del pueblo. Y los satélites de Lespard, vestidos de indios, se disponían a impedir su paso.

Escondidos tras las rocas hicieron una descarga cerrada contra el carruaje, hiriendo levemente al cochero... Cuando iban a poner ya en fuga a los demás hombres, aparecieron Jack y Caney, quienes con la puntería matemática de sus pistolas pusieron en despavorida fuga a los bandidos.

Libres ya de aquel obstáculo prosiguieron el camino, escoltados ahora por el valiente y oportuno mozo.

La llegada de la diligencia produjo un júbilo indescriptible en Deadwood.

—¡Viva Butterfield!... ¡Viva Butterfield!
El aludido bajó del coche y sonriente contestó:

—No me vitoreéis a mí. Fué Jack quien con su pericia nos trajo hasta el pueblo.

Las ovaciones fueron entonces para el valiente joven.

—¡Ya hemos ganado nuestra primera victoria! — dijo Butterfield—. Ahora, amigos, regreso en busca de los obreros que han de construir el camino... Y Deadwood será pronto una ciudad floreciente, punto central de una línea de diligencias que se extenderá por las regiones del Oeste.

El entusiasmo entre todos los habitantes de Deadwood era extraordinario. La diligencia significaba la vida, el respirar aires nuevos y juveniles que les librasen del terrible caciquismo de Lespard.

Aquella noche iba a celebrarse en la taberna un gran baile para celebrar el éxito de la expedición.

Jack había ido a caballo por los alrededores del pueblo, vigilando cualquier agresión que pudieran hacer los indios... De pronto vió aparecer un piel roja que se dirigió hacia él con una mirada de paz.

—¡Muchacho valiente!... ¡Búfalo Blanco es tu amigo! — le dijo.

—¡Gracias! — contestó Jack, alegremente—. Yo también quiero ser tu amigo...

—Amigo tuyo siempre... Y bien pronto

creo poder demostrarte que hay un hombre blanco que os está traicionando... Creo que es Lespard.



...Las ovaciones fueron para el valiente joven.

Una sonrisa de júbilo se perfiló en el rostro de Jack. ¡Lo sospechaba! ¡Qué deseos tenía de castigar al miserable!

Despidióse del piel roja y se dirigió hacia el pueblo. En la taberna convertida en salón de baile cundía la mayor animación... Algunas parejas danzaban...

Caney se veía obligado a resistir la terri-

ble "lata" que le estaba dando tía Berta, empeñada en recitarle unas poesías... ¡Había para cogerla y estrangularla!

Jack vió a Bárbara que estaba bailando con un colono y le rogó que la danza siguiente la reservase a él. Ella lo prometió con un gesto en que había amor.

Caney pudo escapar un momento de la romántica Berta, y se dirigió al encuentro de Jack.

—Amigo mío, hace tiempo que no he matado a ningún blanco — le dijo—. Pero en cambio la humanidad habrá de agradecerme que le quite de enmedio a esa desgraciada.

Y señaló a Berta.

—Ten un poco de paciencia... ¡Acabarás por amarla!

—¡Un rábano, mi jefe!...

Se sintió cogido por unos brazos robustos y terribles. Eran los de Berta.

—¡Ah... mi tormento! — dijo ella casi desmayándose.

—¡Mi agonía! — rugió Caney, procurando desprenderse de ella.

Pero Berta era más fuerte y lo arrastró hacia el centro del salón para bailar de nuevo con él. Caney rugió:

—¡Y todo por ser tan guapo!

Jack fué a bailar con Bárbara y durante la danza le musitó al oído todas las ternezas y bellas cosas que la joven le inspira-

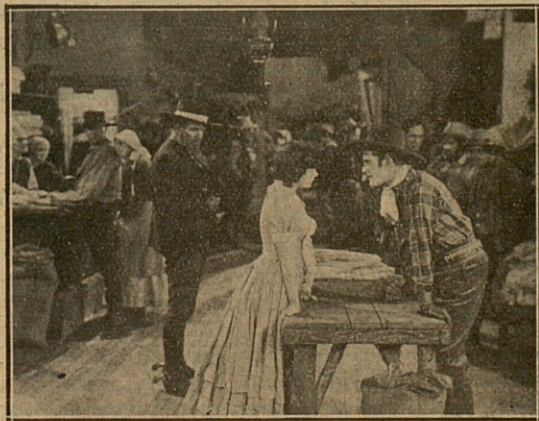
ba... ¡Era tan agradable... tan bonita! Y ella bajaba los ojos y se sentía sumergida en una oleada de felicidad.

De pronto abrióse la puerta y apareció Lespard. Extendió el brazo y gritó con energía:

—¡Oídme todos!

Dejaron de bailar, y el miserable contempló, orgulloso de su poder, a aquellas gentes.

Su alma rebosaba de odio... Había fracasado en su intento de que no llegase la diligencia. ¡Y de todo tenía la culpa aquel mi-



Había fracasado en su intento...

serable Jack al que de buena gana hubiera rebanado el cuello!

—¡Oídme, amigos!... Vengo del campamento de Nube Roja. Los indios no consentirán nunca que los colonos blancos les arrebatén sus tierras... Y dicen que les entreguéis al hombre que ha sido la causa de que la diligencia llegara a este pueblo.

Y señaló a Jack, quien sonreía, despectivo y orgulloso. Sin temblar, Jack acercóse a su enemigo y le gritó:

—¿Está usted seguro de que son los indios y no Pablo Lespard quien hace esta demanda?

—Sí — rugió Lespard, rojo de indignación —, y no te salvará el esconderte detrás de unas faldas.

Y señaló a Bárbara que estaba al lado del joven.

—No me escondo, pero conozco a cierto individuo que se cuidará muy bien de esconderse detrás de los indios — replicó Jack.

—¡Miserable!...

—¿Y sabéis quién es? Es un cobarde renegado que se llama Pablo Lespard.

—¡Ah, canalla!

Empuñó el revólver y disparó contra él. Pero Jack abandonó la taberna, montó a caballo y huyó velozmente, perseguido por los hombres de Lespard que se habían empeñado en cogerle muerto o vivo.

Disparaban contra él, en pleno campo y Jack se dejaba caer muchas veces a un lado de la montura, produciendo a sus enemigos



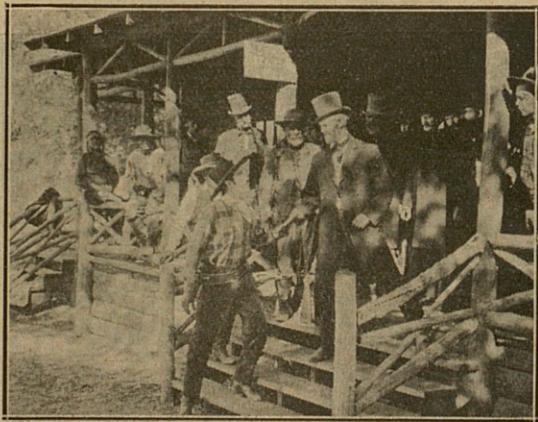
—¿Está usted seguro de que son los indios y no Pablo Lespard quien hace esta demanda?

la ilusión de que le habían tocado. Pero volvía a reaparecer triunfal y gallardo sobre el caballo.

—¡Tiene más vidas que un gato! — rugía Lespard—. Pero a él...

Dispararon mucho y Jack fué repitiendo

la maniobra... Su caballo era ágil y cultivaba el galope...



...Jack abandonó la taberna...

Y las sombras de la noche protegieron a Jack impidiendo que le dieran alcance. Los bandidos tuvieron que dejar su persecución para el día siguiente.

Pero sabían que aquel hombre era su enemigo más peligroso y querían cazarle como una alimaña. Juraron conseguirlo.

*
*
*

Varios días transcurrieron sin que la persecución entablada por los satélites de Lespard diera resultado.

Mientras tanto Butterfield había regresado al Este y volvía a emprender de nuevo el viaje a Deadwood con los exploradores de la línea de diligencias para desde allí continuar la línea hacia el Oeste.

Jack seguía vigilando por las inhospitalarias regiones. Varias veces había estado hablando con Búfalo Blanco, su buen amigo indio, y una mañana los dos descubrieron a un grupo de hombres que avanzaban por la carretera.

—Son los hombres de Lespard que se dirigen a su choza — explicó el piel roja—. Búfalo Blanco los está espiando hace tiempo.

—¡Los miserables! ¿Ves? La gente culpa a tus hermanos de las fechorías de los compañeros de Lespard.

Jack se despidió del indio para ir hacia el camino, deseoso de proteger la diligencia que sabía no tardaría en pasar.

Butterfield en su carruaje comentaba con los exploradores:

—Jack debía haberse reunido ya con nosotros. Estamos entrando en terreno peligroso.

Pero Jack se había retrasado al encontrar por una vereda a la dulce Bárbara con la que estuvo conversando largo rato.

—¡No puedo entretenerme más, mi Barbarita!... Butterfield me está esperando. Voy a reunirme con él para guiarle hacia el pueblo.

Se despidió de su amiguita y apenas había andado un centenar de metros, los hombres de Lespard que vigilaban, cayeron sobre él, amenazándole con sus fusiles.

Antes dispararon contra su caballo Tarzán, obligando a huir a éste, fiel amigo de Jack.

Jack pretendió escapar, pensando en las consecuencias gravísimas que tendría para él su detención, pero los bandidos eran en número superior y no pudo hacerles resistencia.

Bárbara, que se dió cuenta de todo, corrió hacia el pueblo.

Encerraron a Jack en una choza... Lespard y sus compinches celebraron con grandes risotadas la captura de su implacable enemigo. Y se dirigieron a todo galope hacia el camino buscando el mejor modo de caer sobre la diligencia.

Mientras, Butterfield seguía comentando la extraña ausencia de Jack.

—Jack no aparece. Debe haberle sucedido algo. ¡Acampemos aquí! — dijo, temeroso de pasar por un desfiladero donde podrían ser atacados traidoramente.

Y aguardaron en un valle la llegada de su buen amigo que les guiaría sin cuidado alguno hacia Deadwood.

Bárbara llegó al pueblo.

—Tío, tío — dijo al tabernero—. ¡Pablo Lespard ha capturado a Jack Jessup! ¡Trate de salvarlo, tío!

El tabernero se rascó las orejas.

—Bárbara, haremos todo lo que podamos para salvar a Jack... pero ¿qué podemos nosotros contra Lespard?

Y fué a hablar con otros amigos, quienes comprendieron la imposibilidad de arriesgarse en empresa tan difícil.

Pero Bárbara era más valerosa que todos ellos: la guiaba el amor... y el amor tiene la ceguera del heroísmo.

Y acto continuo se dirigió sola hacia la choza donde estaba preso Jack, vigilado únicamente por un hombre de la cuadrilla, puesto que los demás habían partido lejos de allí.

El caballo Tarzán quería también salvar a su señor, pero retiróse discretamente al ver que avanzaba la bella Bárbara. Parecía comprender que aquella vez ella debía ser la buena salvadora.

Quiso no obstante ayudarla en la fuga e

impidió que el guardián pudiera moverse de su sitio, y cuando este bandido se dió cuenta de que algo se tramaba, nada pudo hacer ante la persecución fiera del inteligente animal.

Sigilosamente, Bárbara entró en la cabaña donde estaba Jack, le desató y ambos jóvenes quedaron un momento abrazados, radiantes de felicidad... de vida.

Jack se dirigió luego a amordazar al guardián a quien Tarzán tenía a raya y se despidió de su dulce amiga a la que acompañó hasta cerca del pueblo, marchando él hacia el lugar donde pensaba habían acampado Butterfield y sus amigos.

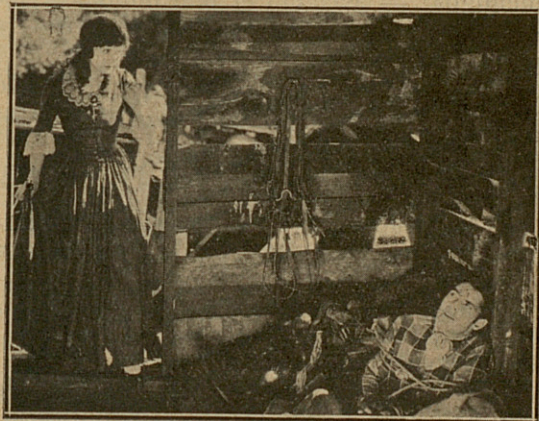
En el camino se le unió Caney. Los dos emprendieron rápida marcha hacia el valle al encuentro de la diligencia.

**

Pablo Lespard había descubierto a Butterfield y sus amigos acampados en el valle. Pensó que era la mejor ocasión para asaltarles a cuchillo. Pero él no quería comprometerse a sí mismo, deseando que fuesen los indios quienes realizasen el ataque, sal-

vando de este modo, por lo que pudiera suceder, toda su responsabilidad.

Se dirigió, pues, rápidamente, al campamento de los pieles rojas y les arengó:



...Bárbara entró en la cabaña...

—¡Ha llegado la hora de usar vuestros "tomahawks"! ¡Las diligencias empiezan a circular... y los colonos llegan en bandadas!... ¡Y a menos que os decidáis a atacar esta misma noche, vuestras tierras se perderán para siempre!

Un grito de guerra enronqueció todas las

gargantas... Unicamente Búfalo Blanco protestó exaltado:

—¡El hombre miente! ¡Los hombres blancos son nuestros amigos!

—¡Nube Roja juzgará entre amigos y enemigos! — exclamó el jefe indio—. ¡Búfalo Blanco puede llamar a sus guerreros y partir!

—¡Me voy, pues, del consejo de Nube Roja! — dijo Búfalo Blanco—. Mis guerreros vienen conmigo.

Y marchó de allí con todos sus hombres.

Nube Roja dijo a Pablo Lespard:

—¡Mis guerreros están preparados! ¡Lucharemos por nuestras tierras! ¡Vamos a atacar ahora mismo!

Y encendieron fogatas llamando a los indios de todas las colonias vecinas para tomar parte en la lucha.

Y comenzaron todos a bailar alrededor de sus hogueras, mientras los sacerdotes invocaban a los dioses de la guerra.

Y descendieron todos velozmente, enloquecidos por el ardor de la guerra, cabalgando con furor en busca de la matanza.

Jack y Caney habían ido a reunirse entretanto con Butterfield y su caravana.

Pablo Lespard se atrevió a capturarme—explicó—. ¡Tendremos que habérmolas seguramente con su cuadrilla!

—Pues, ¿qué hemos de hacer?

—Sigamos rápidamente por el camino de abajo...

Comenzaron a avanzar, temerosos de un ataque enemigo. De pronto Jack lanzó un grito de inquietud, y dijo mirando a lo alto de una montaña:

—¡Las mujeres bailan en el campamento de Nube Roja! ¡Mala señal!

—Apretemos el paso...

Y avanzaron con toda rapidez buscando el pueblo ya no muy lejano.

Y de pronto les horizó el terrible grito de guerra de los Siux:

—Yip... yip... hi... yaa...

—¡Los indios! ¡Los indios! — rugió Jack—. ¡Es preciso defenderse!

Inmediatamente detuvieron el carruaje, organizando la defensa. Jack preparó el reparto de municiones.

—¡No tenemos bastantes municiones para aguantar el sitio!...

Comenzó la lucha... Aquel puñado de bravos mantenía a raya a los indios...

Pero Jack y Butterfield comprendieron que el combate era demasiado desigual y que no podría durar mucho tiempo la resistencia.

—¡Voy a buscar municiones! — dijo Jack.

Y dejando a Butterfield con Caney y los inspectores, partió a galope en busca de algún socorro.

Y la lucha proseguía violenta, implacable, feroz... Los indios con los hombres de Lespard proseguían y estrechaban el cerco cada vez más vivo y feroz.

—¡Se nos están acabando las municiones... no podemos aguantar mucho tiempo! — decían los blancos.

—Es preciso defenderse hasta morir — rugía Butterfield—. Es necesario impedir que los indios, esos diablos rojos, se apoderen del pueblo. ¡Ah, si Jack pudiera encontrar algún auxilio!

Y Jack, con valentía maravillosa, con tranquilidad estupenda, logró cruzar las líneas enemigas, y en el camino encontró al fiel indio Búfalo Blanco que iba al frente de sus guerreros, no queriendo vivir junto con Nube Roja.

—¡Búfalo Blanco — le dijo con profunda emoción—, los hombres blancos de la diligencia han sido atacados sin motivo!... Van a destruir el pueblo y tienes que ayudarme a salvarle...

Vaciló el indio, pero su temor, su incertidumbre duró sólo unos instantes. Se trataba de vivir siempre en paz y fidelidad con las gentes blancas y él no quería traicionarles.

—¡Mis guerreros te ayudarán!... ¡Pron- to, todos a la lucha! — dijo.

—¡Oh, gracias... gracias, Búfalo Blanco! ¡Nunca te lo agradeceremos bastante!

Y al frente de aquel refuerzo poderoso

marchó como un alud en socorro de sus hermanos.

Butterfield y sus hombres habían podido llegar al pueblo de Deadwood que era ahora atacado por los feroces guerreros de Nube Roja.

Jack se reunió con sus hombres animán- doles a que prosiguiesen la lucha, pues tras él llegaban los refuerzos de fieles indios.

Y Búfalo Blanco cumplió su palabra...

Dirigióse con sus hombres al encuentro de Nube Roja... Antes que luchar con él, que medir sus armas con los hermanos de una misma raza, deseaba hacer todo lo im- posible para lograr la paz... ¡Que suspen- diesen la lucha y nada sucedería!

Pero Nube Roja no quiso escucharle y entonces el fiel Búfalo Blanco se dispuso a combatir a sangre y fuego.

La lucha proseguía... De pronto una ba- la hirió mortalmente a Pablo Lespard, quien lanzó un terrible grito de agonía.

Uno de sus secuaces corrió en su auxilio, pero Lespard era ya hombre casi muerto. La bala le había perforado el vientre y se retorció entre los dolores últimos de la ago- nía.

—Todo se acabó — dijo con un murmu- llo... Todo... ¡Y óyeme... yo no te veo... pero oye! — dijo a Félix, su secuaz—. ¡No le digas nada a ese imbécil de Nube Ro- ja!... ¡Que no sepa nunca que le hemos en-

gañado... que siga creyendo que los blancos son sus enemigos!...

—¡Oh, calle, calle! —dijo Félix, horrorizado al ver que Nube Roja, cerca de allí, había escuchado aquellas imprudentes palabras.

Pero Lespard ya no oía nada... Hizo una mueca desgarradora... torció los labios... y murió...

Nube Roja lanzó un grito de exaltación... ¡Miserables todos! ¡Aquel blanco le había estado engañando en provecho propio!

Ordenó inmediatamente que cesase la lucha y los preparativos de asalto al pueblo que iba a tener lugar de un momento a otro. Y dirigiéndose al encuentro de Búfalo Blanco que marchaba con sus guerreros, le dijo:

—Nube Roja sabe toda la verdad. Tenías razón, Búfalo... Dile al hombre blanco que no luchamos más... De hoy en adelante habrá paz entre el hombre rojo y sus hermanos blancos.

—¡Oh, Nube Roja! ¡Por fin El Espíritu puso la luz en tu cerebro! ¡Bendita sea la paz!

Y habiendo cesado el fuego, Búfalo Blanco dirigióse al encuentro de Jack comunicándole los propósitos de Nube Roja.

Apaciguáronse los ánimos y el propio Nube Roja hizo a Jack protestas de afectuosa amistad... Sí, sí... basta de guerra...

Habían sido engañados villanamente y no persistirían en el error.

Y el nuevo sol alumbró la paz que jamás debió ser turbada...

*
**

Al día siguiente la diligencia continuó su viaje hacia el Oeste, guiada por el sol, marcando un camino para las generaciones venideras a través del inmenso continente.

Gregg, su hija Bárbara y Berta iban en una de las carretas hacia una nueva tierra donde establecer su vida. Dándoles escolta estaban Jack y Caney... El primero había asegurado a Bárbara que pronto se casarían... Y Caney, comprendiendo que no podría librarse ya nunca del cariño romántico de Berta, la escuchaba con menos acritud desde que ella le había dicho que tenía unos cuantos ahorros. ¡Menos mal! Tal vez consintiese en casarse... para imitar a su amo.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

La divertida comedia

EL BOMBÍN DEL TÍO

por Johnny Hines

En breve, en las Selectas ediciones especiales de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EL CAPITAN SORRELL

RETENGA USTED ESTE TÍTULO

Preste atención al cuadro de intérpretes

H. B. Warner — Alice Joyce — Nils Asther
Anna Q. Nilsson — Carmen Myers, etc.

Es una joya de «LOS ARTISTAS ASOCIADOS»

GRAN EXITO del tomo 12 de la
Biblioteca NUESTRO CORAZÓN
con la novela cubana

MARIA - LUISA

por Manuel Reinlein Sotomayor

CHANG es la mejor novela
de aventuras ==

EXCLUSIVA DE VENTA

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERIA

Barbará, 16 - BARCELONA

Ferraz, 21, y Caños, 1 duplicado - MADRID

B.